

Apenas salió, volvió á tomar su antiguo hábito y su modo de andar resaca-
 Teodoro le miró alejarse entre la vanidad del orgulloso
 le respetivo y luego entró en su casa exclamando:
 —¡Dios te ayude! La venganza es mala, pero dímme en
 esta vez sea solo un acto de la justicia del cielo.
 Lázaro llegó muy fatigado á la casa de Don Pedro de
 Mejía y se encerró en la habitación de la escalera.

XVII.

En que Martin, creyendo acertar, yerra.

MARTIN tenía cita pendiente para la noche con el mendi-
 go. Pensaba desembarazarse de Don Baltasar de Salmé-
 ron, arreglar sus negocios para emprender el viaje á Aca-
 pulco el día siguiente, y por fin asistir en la tarde á Pala-
 cio para salir airoso del lado del virey.

Muchos negocios eran estos; pero Martin no era hombre
 que mirase obstáculos, y determinó terminarlos todos sa-
 tisfactoriamente.

Echó sus cuentas, y determinó comenzar la tarea yen-
 do á Palacio tan luego como se separó de Teodoro.

Aun habia allí un gran número de caballeros y de per-
 sonas principales de la ciudad que estaban cumplimentan-
 do á Su Excelencia.

Garatuza, merced á su librea, atravesó entre todos con
 toda la altivez de un lacayo de gobernante, y á poco se en-
 contró con el visitador Don Martin Carrillo, que salia de la
 cámara del virey.

Don Martin al ver á Garatuza le llamó, y apartándose
 de los que le rodeaban, le dijo en voz baja:

—¿No miras por aquí al sugeto de cuyas manos cayó
 la carta que anoche entregaste á Su Excelencia?

—No, señor—contestó Garatuza.

—Búscale, que si es español y de calidades, aquí debe
 encontrarse. Sígueme, y si le vieres hazme una señal.

Garatuza calculó que cualquiera que designase, teniendo
 las condiciones que marcaba el visitador, era un enemigo
 natural de los conspiradores de la casa del Cristo, y así es
 que sin escrúpulo se puso á escoger su víctima entre los
 presentes.

Notable se hacia, por la viveza con que hablaba, y por
 sus ademanes violentos y nerviosos, un español ya ancia-
 no, de poca estatura y que parecia ser muy considerado
 de los demas.

Garatuza le marcó en el acto y se acercó al visitador.

—¿Le encontraste?—preguntó éste.

—¿Advierte su señoría aquel viejo que habla y acciona
 como un espirituado?

—Sí.

—Pues ese es; le conoceria aunque hubiesen pasado diez
 años.

—Está bien, retírate.

Garatuza se retiró mordiéndose los labios y diciendo en-
 tre sí:

—La llevaste.

La ceremonia se prolongó hasta la hora de la comida, el
 virey fatigado se entró á su cámara sin querer tratar mas
 de negocios, y Martin tuvo que conformarse con esperar.

En la tarde las antecámaras volvieron á llenarse de gen-
 te, y Martin, convencido de que tampoco podria hacer na-
 da, se salió á la calle.

Habria andado cuando mas doscientos pasos, y sintió que

le tocaban por detrás en el hombro; se volvió y reconoció al Padre Salazar.

—¿Qué teneis?—exclamó al mirarle pálido y agitado.

—Que en este momento las gentes del virey están en mi casa, y han preso á mi padre y á Leonel mi hermano; felizmente no tengo yo allí papeles que puedan comprometernos; pero quizá Leonel los tenga y registren la casa; esto debe ser alguna denuncia.

—¡Ah, víbora!—exclamó Martin pensando en Don Baltasar—quizá duplicaste tu carta y pasó sin que yo la viera.

—¿De quién hablas? ¿sospechas de álguien?

—Sí, ya os lo diré; por ahora lo que importa es salvar á Don Leonel á todo trance: vos ocultaos.

—¿Pero cómo?

—Voy ahora mismo á vuestra casa, y ya vereis.

—Nada conseguirás.

—Ya vereis; dejadme.

Y Garatuza echó á correr para la casa del Padre Salazar.

Habia allí un gran tumulto; centinelas, alguaciles, curiosos; Martin llevaba su librea, que era un salvoconducto. Llegó hasta donde un capitán de alabarderos que mandaba la expedicion, dictaba sus órdenes, y sin vacilar se dirigió á él.

—Su señoría dispense; vengo con una comision secreta de S. E. el señor virey á esta casa, y espero que su señoría me dará ayuda con la fuerza que manda.

—¿Qué mision es y cuál la prueba?

—En cuanto á la mision, advertí á su señoría que era secreta; en cuanto á la prueba, podeis desengañaros con esta orden.

Y Martin como haciendo gala sacó y mostró al capitán la orden amplísima que el virey, á peticion suya, le habia da-

do para entrar y salir á Palacio á todas horas y por todas partes.

—Esto no es una prueba—dijo el oficial.

—Es prueba de que tengo comisiones secretas del vireinato—contestó Martin con altanería:—vos podeis desconocerme, impedir que cumpla mi mandado; no insisto porque teneis la fuerza: me voy, tened esto presente y esperad las resultas.

Y dió violentamente la vuelta como para retirarse.

—Aguardad—dijo el capitán desconcertado con la audacia de Garatuza—aguardad, que solo dudé, pero no negué nada: decidme, ¿qué quereis?

—En primer lugar, ver á los detenidos.

—Venid.

El capitán introdujo á Martin en un aposento contiguo, donde estaban Don Leonel y su padre.

Poco faltó para que Garatuza hubiera dado un grito de espanto al mirarlos. El padre de D. Leonel era nada menos que el viejo á quien él habia denunciado como conspirador.

Entonces lo comprendió todo: ni Don Baltasar habia duplicado su carta, ni aquello venia por el Padre Salazar y por Don Leonel; todo era obra de su imprevision; él habia sido la causa de aquel escándalo, que no se figuraba hasta dónde podria parar.

—Soy un bárbaro—pensó Garatuza—un elefante: y ahora ¿qué hacemos? ¿Cómo saco yo á este pobre viejo del poder de los golillas?

—Aquí teneis á los presos—dijo el capitán.

—Desearia hablar con el jóven.

—Habladle.

Garatuza se acercó á Don Leonel, que estaba á alguna distancia de su padre, y le dijo:

—No tengais cuidado, todo esto no es ni por vuestro hermano ni por vos; nada se ha descubierto de lo de la casa del Cristo: vuestro padre ha sido denunciado como partidario de los fautores del motin de Enero, y esto es todo.

Don Leonel miró á Garatuza sin conocerle; pero éste disimuladamente le enseñó el anillo que traia en la mano izquierda, y Don Leonel se tranquilizó.

—¿Deseais—continuó Martin—salvar algunos papeles? Soy el hombre que vino de Acapulco, Martin, ¿recordais?

—Sí, recuerdo.—Oid: al terminar este corredor que tenemos enfrente, hay un aposento; en él hallareis un armario; sacad de él una cajita de ébano con una llave pendiente de una cadenita, lleváosla y ocultadla hasta que esté yo libre.

—Comprendo—contestó Martin, y salió violentamente.

Entretanto Don Gonzalo de Salazar, el viejo padre de Don Leonel, parecia estar sentado en un sitio de fuego: se removia en él, apretaba los puños, rechinaba los dientes y lanzaba de cuando en cuando un pujido enérgico, acompañado de un sacudimiento de cabeza que podia interpretarse, conociendo su temperamento, por una enérgica maldición.

Garatuza sacó la caja que le habia indicado Don Leonel, y volvió á darle la noticia.

—He reflexionado—le dijo el jóven—que mejor favor me hareis llevando esa caja á la calle de las Canoas, en la casa Colorada, adonde buscareis á Doña Juana de Carbajal, entregándole de mi parte ese depósito y refiriéndole cuanto habeis visto.

—Así lo haré—contestó Garatuza.—En cuanto á vos, des-cuidad, que tengo de salvaros, y os lo juró por el santo de

mi nombre: voyme, que no seria prudente que sospechasen.

Martin salió de la casa y se dirigió al palacio.

El virey estaba encerrado en su cámara con el visitador, y habia ya preguntado por Benjamin; así es que cuando Garatuza llegó á Palacio, todos los criados le avisaron que Su Excelencia le buscaba.

Martin habia concebido ya su plan, y la ocasion le venia como de molde.

Sudando, y con muestras de grande agitacion, se presentó al marqués de Cerralvo.

—¿S. E.—dijo hipócritamente—me manda venir?

—Sí, contestó el virey;—¿adónde estabas?

—Perdóneme S. E.; pero ví en una calle gran escándalo, y por traer noticias á S. E. entréme á una casa que me dijeron ser de Don Gonzalo de Salazar, y usando de la orden que V. E. me dió, logré averiguar.....

—¿Y qué averiguaste?

—En primer lugar, que aprehendia la justicia al Don Gonzalo y á sus hijos.

—¿Y qué mas?

—Que se hacia cateo en sus papeles.

—¿Y qué otra cosa?

—Señor Excelentísimo—dijo Martin como temeroso de lo que iba á decir—no sé si me atreva.

—Dí, dí.

—Pues con el perdon de V. E. y de su señoría el señor visitador, que..... ¿Pero no se enojará S. E.?

—¿Hablarás?

—Nada, señor, sino que el escándalo de este asunto va á ser causa de que todos los comprometidos se preparen y V. E. nada averigüe.

El virey miró al visitador, y éste se puso encendido, com-

prendiendo que aquella mirada era una especie de reproche, y que él había cometido lo que se llama una ligereza.

—Espérate afuera—dijo el virey á Martin.

Garatuza salió fingiéndose compungido, y cerró la puerta poniéndose en acecho como de costumbre, pero sonriéndose silenciosamente.

—¿Qué opinais de lo que dice este muchacho?—dijo el virey.

—Lo cierto es—contestó el visitador—que el tuno tiene mucha razon, y que yo confieso con humildad mis faltas; reconozco que obré con ligereza.

—¿Pero cómo remediarlo?

—Podremos enviar orden para que se suspenda el procedimiento.

—Eso no produciria el resultado que se desea.

—Quizá seria mejor, para distraer á los españoles que conspiran, y hacerles creer que todo esto es en virtud de la denuncia que me hicieron, librar á Don Gonzalo y prender solo á sus hijos, que como criollos podian reportar las sospechas.....

—En efecto, este sí es un medio de que los verdaderos conspiradores crien confianza, mirando que sus planes salen bien.

—Y podrá seguirseles la pista, porque piensan que el gobierno se ocupa de otra cosa.

—Perfectamente, quizá salga mejor así la cosa.

—Malísimo—decia entre sí Garatuza oyendo esta conversacion—salió el tiro por donde menos lo esperaba: en fin, veremos, creo que llaman.

La campanilla volvió en efecto á sonar, y Garatuza entró, el visitador escribió y firmó, entregando el papel al virey.

—Oyeme, Benjamin—dijo el marqués—llevas esta orden

al capitan de alabarderos, que está en la casa de Don Gonzalo, procurando leérsela delante de éste.

—Pero si no sé leer, Excelentísimo Señor.

—Es verdad, ¡qué lástima! lo habia olvidado; pues entonces, le dices que la lea; ¿entiendes?

—Sí, señor.

—Pero inmediatamente.

—Con permiso de V. E.

Y Martin salió haciendo una reverencia.

En la antecámara leyó la orden; decia sencillamente:

«Como la denuncia que ante mí se ha hecho, solo envuelve á los criollos por una conspiracion, os reducireis á pro-
ceder únicamente contra los hijos de Don Gonzalo de Salazar, y respetareis la persona y papeles del dicho Don
Gonzalo. El visitador y juez pesquisidor,

DON MARTIN CARRILLO.»

—Malo!—dijo entre sí Garatuza.—¿Y cómo presento ahora esto? Van á creer estos hombres que yo los he denunciado..... ¿Qué haré?..... Nada, alma grande y adelante.

Llegó á la casa de Don Gonzalo, pero no subió, é hizo avisar al capitan que abajo le esperaba una orden del señor visitador.

El oficial bajó inmediatamente.

—Aquí teneis—le dijo Martin—una orden de su señoría que debo entregaros en mano propia; advirtiéndos que es la voluntad de su señoría que Don Gonzalo se entere de ella sin que vos le digais por dónde ha venido á poder vuestro.

—Cumpliránse las ordenes de su señoría.

El oficial volvió á subir, y Martin se salió á la calle.

Don Gonzalo oyó leer la orden, y no le fué posible ya contenerse; su mal humor, reprimido por la presencia de la justicia, estalló.

—Muy bien—dijo dirigiéndose á Don Leonel;—¿con que andais vos y vuestro santo hermano en conspiraciones? ¿y me poneis así, en estos trances, á mí? ¿á uno de los mas fieles vasallos de S. M.? (que Dios guarde). Vamos, vamos, si no sé cómo me contengo. ¡Criollos habíais de ser los dos para andar con semejantes vilezas!

—Pero, padre.....

—¡Qué padre, ni qué nada! Yo no soy, no quiero ser padre de criollos, ¿lo entiendes? de criollos, malditos criollos.....

Y el viejo, sin escuchar mas, usó de su libertad retirándose á su cámara y murmurando entre dientes:

—¡Al fin criollos, al fin criollos!

XVIII.

Cómo hizo Don Pedro de Mejía su primera visita á Doña Catalina, y lo que en ella pasó.

TRANSPORTAREMOS al lector á la casa que habia tomado Doña Catalina en la calle de Ixtapalapa y frente por frente de la soberbia habitacion de Don Pedro de Mejía.

Era de noche. Dos humildes velas de sebo alumbraban la sala de aquella casa, que estaba amueblada, segun hemos dicho, con decencia, pero muy pobremente: en el estrado estaban sentadas Doña Catalina, la vieja madre y Don Pedro de Mejía; Don Alonso en un sitial estaba al lado de Don Pedro: la conversacion era animada, y se trataba del asunto del dia, de la entrada del nuevo virey.

—¿Con que nada ha visto mi señora la marquesa?—decia Don Pedro, procurando dar á su rostro un grande aire de amabilidad.

—Absolutamente nada, ¿qué quereis? Una pobre mujer sin amparo, sin relaciones, quizá quizá sin tener un caballero que la ofrezca su brazo para salir á los paseos.

—¡Oh! sois injusta conmigo, marquesa—dijo Don Alonso—que os he ofrecido mi pobre compañía, que no habeis querido aceptar.